

UN GRANITO DE HUMILDAD

ALEXIS GATICA ANDRADE, LC

Catholic net

Foto: Ballate

Recuerdo que cuando era pequeño sentía locos deseos de violar las reglas. Mi mamá me decía algo, pero yo buscaba el modo de llevarle la contraria para probarme a mí mismo, y de paso, a mis padres, que era posible una segunda vía.

Un día, en la escuela, hice un examen y, queriendo innovar, seguí mis métodos, mientras pensaba que había realizado una prueba magistral. A los dos días llegó el resultado: suspenso.

¿Cuál fue la causa? No hice, sencillamente, lo que el profesor estimaba correcto. Esto me ayudó a comprender que no siempre lo que pensamos o queremos será el camino hacia la felicidad.

Hoy día, trabajo como profesor y puedo comprobar esa sed de libertad, esa tentación por innovar en las mentes y los corazones de tantas personas.

El lema, implícito o explícito, es llevar la contraria, nadar contra la corriente; incluso se dice que la obediencia es para tontos.

La moda nos muestra también esa carrera por ver quién es más *creativo* (*pearcings* en la lengua, la nariz o en otras partes del cuerpo, barbas kilométricas, *jeans* rotos y desteñidos...). Y no se diga de la moral, en la cual lo anormal se ha convertido para algunos en un parámetro de conducta (casamiento entre hombres, noviazgo entre mujeres, suicidios asistidos...).

Tal desorden sólo contribuye a que numerosas personas se cieguen, hasta el punto de considerar que ese modo de vivir es lícito y excelente.

Obedecer implica un granito de humildad para reconocer y aceptar que en más de una ocasión no tengo la razón; implica honestidad y realismo, pues yo no soy el único ser viviente en este mundo, sino que estoy rodeado de personas que, en su momento, atravesaron por circunstancias parecidas a las que hoy vivo.

Asimismo, obedecer no es acatar inconscientemente una orden; no es hacer lo que otro me pide con la esperanza de que ese otro se equivoque.

Obedecer es confiar, del mismo modo que, si obedecemos el semáforo, estaremos actuando por nuestro propio bien; así hemos de confiar en los demás, sobre todo en los que poseen alguna ascendencia sobre nuestras personas: padres, abuelos, profesores, jefes en el trabajo.

En resumen, la obediencia no es para tontos, sino para inteligentes, pues la inteligencia busca lo mejor para uno mismo y, cuando lo encuentra, lo presenta a la voluntad y esta lo elige y realiza.

Quien no confía y no desea obedecer ahora, los golpes de la vida serán sus mejores maestros.

Tarde o temprano, hemos de aprender a no ser realmente tontos, y así aprenderemos a ser inteligentes gracias al amor y la confianza.